

Laberintos de vinilo

Telegraph Avenue
(Michael Chabon, 2013)

ANTONIO MARCOS

La literatura de Michael Chabon es un lugar confortable, ese tipo de narración bien contada que anima a seguir leyendo. Su obra parece tan alejada de la desestructuración de la novela

tura pop como parte integrante de sus argumentos y con los segundos ese interés por retratar una época y una épica de lo norteamericano. En *Telegraph Avenue*, su nueva novela, afina

aventuras de Kavalier y Clay, Michael Chabon contaba a la vez la historia de dos chicos huérfanos, el éxodo judío del siglo XX y el nacimiento y caída de la gran industria del cómic de superhéroes, un libro que abarcaba un largo arco de tiempo y con un aire a los flashbacks de *El Padrino*. *Telegraph Avenue* se localiza en unas pocas semanas del verano 2004, el momento en el que los dueños de Brokeland Records —Archy Stalling y Nat Jaffe— conocen que su tienda corre el riesgo de desaparecer si se establece en el vecindario un nuevo centro comercial dedicado al negocio musical.

Con ese punto de partida, y como si fueran los títulos de crédito de una película de serie Z, aparecen mirando a cámara bajo un letrero amarillo de "Also Starring": Gwen Shanks, la mujer de Archy, embarazadísima, matrona de profesión y menos colérica de lo que podría; Aviva, mujer de Nat y compañera de Gwen, poseedora de un frío ojo clínico para estos dos adolescentes: su enamorado hijo Julie y Titus Joyner, huérfano de huérfanos; el señor Cochise Jones, un intérprete de órgano Hammond de la vieja escuela, y su loro; el Rey del Oropel; un concejal dueño de una funeraria y antiguo miembro de los Panteras Negras; un magnate



de algunos de sus contemporáneos —Foster Wallace— como del estilo ambicioso y autolegitimador de sus predecesores —Roth, DeLillo, Updike— en ese permanente intento por encontrar al nuevo mesías de "la gran novela americana". Sin embargo, comparte con el primero su uso de la cul-

su fórmula: un fondo de turbias relaciones paterno-filiales y familiares bajo un colorido ritmo con sampleados de blaxploitation con epicentro en una tienda de discos usados de Oakland, una ciudad de la bahía de San Francisco.

En la que quizá es su novela más leída, *Las asombrosas*

del negocio musical que viaja en dirigible; un antiguo héroe de las películas de acción dirigidas al consumidor de raza negra, Luther Stalling, y su musa con interminables piernas enfundadas en interminables y letales botas... Incluso sale un tal Barack Obama cuando todavía no era presidente del mundo. Si le añadimos coches descapotables antiguos, trajes de fantasía funk y cientos de vinilos ya tenemos ese clima a lo *Jackie Brown* (Quentin Tarantino, 1997) entre mítico y crepuscular.

Uno de los aspectos clave en la obra de Chabon es la construcción del mito. En *Las asombrosas aventuras...* lo encarnaban un golem viajero, Houdini y El Escapista; en *El sindicato de policía Yiddish*, esa distopía policiaca ambientada en Alaska, una mesiánica vaca rosa. Aquí es ese Luther Stalling, actor y maestro de kung fu, molón y fracasado icono cinematográfico.

Si exceptuamos una mínima trama de intriga en torno al fugitivo Luther Stalling y al asunto de la reivindicación del pequeño comercio de parroquianos y fetichistas del vinilo frente a la megalomanía de la gran superficie comercial, podríamos decir que a los personajes no les sucede nada más que las cosas normales de la vida. Chabon les coloca a todos en el límite de algo: una pareja que se separa cuando está a punto de llegar su primer hijo, el vacío de los dos socios más allá de la tienda, la búsqueda o el alejamiento voluntario de la figura paterna, la desesperación por agarrarse a una última oportunidad. Todos parecen zumbir en ese laberinto sin saber demasiado bien a dónde dirigirse. El mérito del escritor es que, por debajo de esa lámina de referencias a la música, el cine y la cultura del consumo construye los personajes de una manera en que no podemos dejar de interesarnos por ellos. Y lo hace con una es-

critura musical: alterna largas descripciones con frases o diálogos lacónicos que actúan como hachazos, la melodía y el solo, la estrofa y el estribillo.

De ese virtuosismo en la descripción se benefician los archivos que aparecen en la novela. Archy Stalling, especialista en encontrar colecciones de vinilos en la basura, se jacta del arte de "archivar con una sola mano", y con ese bagaje se enfrenta al patrimonio documental y discográfico de su viejo amigo Cochise Jones: "La arquitectura antártica de los llamados archivos del señor Jones, torres, cúspides y avalanchas de papel desperdigado por todas partes". En esos papeles se encontraban las cartas que el músico enviaba a los departamentos jurídicos de discográficas que se quedaron con todos los derechos de sus canciones, pero el tesoro para Brokeland Records lo constituía su almacén de discos. Chabon lo describe así: "Los álbumes estaban en fundas de celofán, casi todos, y en su mayoría guardados de pie y en cajas, aunque aquí y allí había montones tambaleantes de discos estropeados por la horizontalidad, y algunos de los más ba-



ratos no tenían fundas de plástico o bien les faltaba la funda interior de papel. Las cajas estaban apiladas formando pasadizos y recodos a las que solo les faltaba un minotauro".

Tal vez Chabon no vaya a ser el gran novelista americano, pero lo que sabe hacer lo hace rematadamente bien. ■

